Alfonso Solá González

POEMA

Y yo no podría decir que aquello fuera así
o tal vez como un sueño,
como una vieja melodía junto al fuego apagado
que alguien recuerda antes de partir.
Pero vi que mi mano caía sobre el rostro de los hombres
y ya no relucía su rubí codicioso
ni era mi mano aquella, sino el miedo
de otros dedos manchados que no eran los míos
y me acercaban otras manos que tampoco
conocían las gracias de la vida.
Y todo se movía o creía estar en un camino hacia
los ángeles
y con temor amoroso de las jerarquías, ascendían
todos, despacio.

Sí, ellos también. Todos, todo se movía dichosamente.
Todo quiso decir: el hermano
y el amigo con su viejo sombrero de tiempo
y la casa con el pequeño llamador de hierro,
dulce para el perdido en la noche
entre las estrellas del jardín.

Y era saber cómo se enciende el fuego,
cómo se abre la puerta para el que sólo trae
lentas arcas de olvido.
Y era decir: Tú y yo, caminando por los viejos
mercados,
junto a las bestias sacrificadas y los frutos que arden
entre los pobres y los ricos
y la hermosa moneda de impiedad que los separa.

Y todo quería decir ofrecerme a esta vida
que me ha dado estos ojos con que muero y te miro,
y herirte sin descanso
con la resplandeciente mordedura del hombre

perdido, repartido bajo nubes feroces.

Y sin embargo ascendía entre infiernos, cantando.

MARÍA DE LO ALTO

Por las selvas azules, cazadora;
con tus armas lucientes, ya volando,
libre de sombra; suave triunfadora,
por luminosos ríos, por riberas
celestes y tranquilas, inventando
la luz sobre las altas primaveras.

Ya libre por lo claro, tú, gozosa;
sueño de blanca tierra enamorada
sobre la estrella pura y silenciosa.
Tú por la eternidad, tú sonriente,
desnuda cazadora iluminada
por espléndido cielo reluciente.

Ya has pasado la muerte, ya has vencido
profunda reina, ya de claridades;
perfecta luz y tiempo florecido.
Aquí donde vivías aún nos queda
el gris pasar, las pobres soledades,
y el corazón bajo las arboledas.

Por tu claro recuerdo iluminamos
nuestra voz entre el viento rumoroso
de alas oscuras y azorados ramos...
Donde no estás crecían los jazmines,
duraba un suave tiempo venturoso
en quieta hondura de horas de jardines.

De sombra de paloma te rodeabas
ganando tardes con palabras quietas.
Para el olvido solamente ansiabas
vivir en un silencio de sencillas
estampas de colores, con violetas
y con pequeñas tardes amarillas.

Nada sabías de la muerte, nada.
Tu libertad luciente no sabías,
tu pura soledad enamorada,

y mientras que llorábamos el suelo
donde en rota azucena te ofrecías
tu blanco pie ya iba pisando el cielo.